

La Universidad, foco cultural de primer orden

A las ocho de la tarde del 25 de octubre de 1960, en el salón de recepciones del Ayuntamiento, tuvo lugar la ceremonia de entrega del título de hijo adoptivo de Pamplona a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer. Leído por el Secretario de la Corporación Municipal, D. Ignacio Sanz, el acuerdo adoptado unánimemente por el Pleno del Ayuntamiento el 21 de septiembre anterior, el Alcalde de Pamplona, D. Miguel Javier Urmeneta, dirigió unas cordiales palabras, a las que el Gran Canciller de la Universidad de Navarra contestó con el discurso que se reproduce.

Señor Alcalde:

Al recibir de vuestras manos el honroso título de hijo adoptivo de esta Noble ciudad de Pamplona, no voy a caer en la falsa humildad de decir que no merezco tan alta distinción. Si lo hiciera, faltaría a la verdad y causaría agravio a vuestra justicia.

Sí, creo que es justo que esta bendita tierra de Navarra me considere como uno de sus hijos, porque si bien es cierto que no tuve la suerte de nacer junto al Arga, no lo es menos que, desde hace tiempo, le vengo demostrando un cariño filial al entregarle tantos hijos míos, unos para que gasten lo mejor de su vida en las tareas docentes del Estudio General; otros para que se formen en esta atmósfera pura de reciedumbre, de fe y de lealtad.

No cabe mayor prueba de cariño que ésta que yo he dado a Pamplona al elegirla, entre todas las ciudades de España, como sede de la primera Universidad del Opus Dei. Y el título que ahora me entregáis, señor Alcalde, no es más que la credencial que afirma en letras de molde una realidad viviente en mi corazón.

Hace muchos años que resido en el extranjero; bien sabe Dios que no es por mi gusto, aunque lo haga muy a gusto. Y, sin embargo, cada día soy más español y, al mismo tiempo, más universal, más católico.

Amo con todo el alma a esta patria mía, con sus virtudes y sus defectos, con su rica variedad de regiones, de hombres y de lenguas. Me encanta atravesar esa Castilla —paisaje de surco y cielo— que hace a los hombres y los gasta; me siento catalán en Cataluña y soy aragonés de nacimiento; admiro sin disimulo las fértiles vegas de Levante, los pueblos encalados de Andalucía, la recia contextura de la Montaña. Pero tengo una debilidad —todos tenemos alguna—, y esa debilidad es Navarra, porque esta tierra jugosa, de hayedos y rastrojeras, con su fe inquebrantable, su apego a la tradición, su laboriosidad callada y su moral sin tacha, parece como si hubiera sido especialmente dispuesta por Dios para que en ella fructifiquen las obras de apostolado universal, que siembran aquí a manos llenas, seguras de que habrá buena cosecha.

Y eso es lo que ha venido a hacer el Opus Dei, con amplios horizontes. Queremos hacer de Navarra un foco cultural de primer orden al servicio de nuestra Madre la Iglesia; queremos que aquí se formen hombres doctos con sentido cristiano de la vida; queremos que en este ambiente, propicio para la reflexión serena, se cultive la ciencia enraizada en los más sólidos principios y que su luz se proyecte por todos los caminos del saber.

Yo he dicho en alguna ocasión que el mayor enemigo de Dios es la ignorancia; estoy convencido-

do de ello. Por eso quiero que los míos den la batalla de la doctrina; por eso me entusiasma el pensar que vosotros, que habéis estado siempre en vanguardia a la hora de defender con las armas nuestra Santa Fe Católica, vais a figurar a la cabeza de los que la defienden con la inteligencia.

De este modo prestamos un servicio a la Iglesia, un servicio a la Patria y un servicio también, muy grande, a esta ciudad. No os quepa duda: hoy, Pamplona es más conocida en el mundo por su Estudio General que por los *sanfermines*, con ser éstos muy célebres. Son muchos ya los estudiantes de los más varios países que se han formado aquí, y seguirán viniendo cada vez más; y, al volver a sus tierras, se dejan entre estos muros de piedras carcomidas por años un jirón de su alma, que les sigue llamando donde quiera que estén.

Muchas gracias a todos por vuestra generosa cooperación, sin la cual no hubiera sido posible nuestra empresa. Muchas gracias a las Autoridades eclesiásticas y civiles por la cordial acogida que nos habéis dispensado. Y, finalmente —lo he dejado para el final para que no me embargue la emoción— muchas gracias también a la Corporación municipal y a usted, señor Alcalde, por el alto honor que me habéis dispensado con tanta sinceridad como benevolencia. Podéis considerarme desde ahora como un pamplonés más y estad seguros de que este valioso título, que hoy me otorgáis, ha de ser para mí el mejor estímulo en mis afanes diarios.